

colección  ilustrada

Pinocho

CARLO COLLODI

Ilustraciones Carol Tello



esstudio
ediciones



De madera a niño

—Pues, señor, este era...

—¡Un rey! —diréis enseguida mis pequeños lectores.

—Pues no, muchachos, nada de eso. Este era un pedazo de madera. Pero no un pedazo de madera de lujo, sino sencillamente un leño de esos con que en el invierno se encienden las estufas y chimeneas para calentar las habitaciones.

Pues, señor, es el caso que, Dios sabe cómo, el leño de mi cuento fue a parar cierto día al taller de un viejo carpintero, cuyo nombre era Maese Antonio, pero al cual llamaba todo el mundo Maese Cereza, porque la punta de su nariz, siempre colorada y reluciente, parecía una cereza madura. Cuando maese Cereza vio aquel leño, se puso más contento que unas Pascuas. Tanto, que comenzó a frotarse las manos, mientras decía para su capote:

—¡Hombre! ¡Llegas a tiempo! ¡Voy a hacer de ti la pata de una mesa!

Dicho y hecho; tomó el hacha para comenzar a quitarle la corteza y desbastarlo. Pero cuando iba a dar el primer hachazo, se quedó con el brazo levantado en el

aire, porque oyó una vocecita muy fina, muy fina, que decía con acento suplicante:

—¡No! ¡No me des tan fuerte!

¡Ya se imaginarán cómo se quedaría el bueno de Maese Cereza! Sus ojos asustados recorrieron la estancia para ver de dónde podía salir aquella vocecita, y no vio a nadie. Miró debajo del banco, y nadie; miró dentro de un armario que siempre estaba cerrado, y nadie; en el cesto de las astillas y de las virutas, y nadie; abrió la puerta del taller, salió a la calle, y nadie tampoco. ¿Qué era aquello?

—Ya comprendo —dijo entonces sonriendo y ras-cándose la peluca—. Está visto que esa vocecita ha sido una ilusión mía. ¡Reanudemos la tarea!

Y tomando de nuevo el hacha, pegó un formidable hachazo en el leño.

—¡Ay! ¡Me has hecho daño! —dijo quejándose la misma vocecita.

Esta vez se quedó Maese Cereza como si fuera de piedra, con los ojos espantados, la boca abierta y la lengua fuera, colgando hasta la barba como uno de esos mascarones tan feos y tan graciosos por cuya boca sale el caño de una fuente.

Se quedó hasta sin voz. Cuando pudo hablar, comenzó a decir temblando de miedo y balbuceando:

—Pero, ¿de dónde sale esa vocecita que ha dicho ¡ay!>? ¡Si aquí no hay un alma! ¿Será que este leño habrá aprendido a llorar y a quejarse como un niño? ¡Yo no puedo creerlo!... Este leño... Aquí está, es un leño de

chimenea como todos los leños de chimenea: bueno para echarlo al fuego y guisar un puchero de habichuelas. ¡Zambomba! ¿Se habrá escondido alguien dentro de él? ¡Ah! Pues si alguno se ha escondido dentro, peor para él. Ahora le voy a arreglar yo.

Y diciendo esto agarró el pobre leño con las dos manos, y empezó a golpearlo sin piedad contra las paredes del taller.

Después se puso a escuchar si se quejaba alguna vocecita. Esperó dos minutos y nada; cinco minutos, y nada: diez minutos, y nada.

—Ya comprendo —dijo entonces tratando de sonreír y arreglándose la peluca—. Está visto que esa vocecita que ha dicho ¡ay! ha sido una ilusión mía ¡Reanudemos la tarea!

Y como tenía tanto miedo, se puso a canturrear para cobrar ánimos.

Entre tanto dejó el hacha y tomó el cepillo para cepillar y pulir el leño. Pero cuando lo estaba cepillando por un lado y por otro, oyó la misma vocecita que le decía riendo:

—¡Pero hombre! ¡Que me estás haciendo unas cosquillas terribles!

Esta vez Maese Cereza se desmayó del susto. Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró sentado en el suelo.

¡Qué cara de bobo se le había puesto! La punta de la nariz ya no estaba colorada; del susto se le había puesto azul.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —contestó el carpintero con voz débil, asustado y sin fuerzas para ponerse en pie.

Entonces entró en la tienda un viejecillo muy vivo, que se llamaba Maese Gepeto; pero los chiquillos de la vecindad, para hacerle rabiar, le llamaban Maese Fideos, porque su peluca amarilla parecía que estaba hecha con fideos finos. Gepeto tenía un genio de todos los diablos, y además le daba muchísima rabia que le llamasen Maese Fideos. ¡Pobre del que se lo dijera!

—Buenos días, Maese Antonio —dijo al entrar—.

¿Qué hace usted en el suelo?

—¡Ya ve usted! ¡Estoy enseñando Aritmética a las hormigas!

—¡Es una idea feliz!

—¿Qué le trae por aquí, compadre Gepeto?

—¡Las piernas! Sabrá usted, Maese Antonio, que he venido para pedirle un favor.

—Pues aquí me tiene dispuesto a servirle —replicó el carpintero.

—Esta mañana se me ha ocurrido una idea.

—Veamos cuál es.

—He pensado hacer un magnifico muñeco de madera; pero ha de ser un muñeco maravilloso, que sepa bailar, tirar a las armas y dar saltos mortales. Con este muñeco me dedicaré a correr por el mundo para ganarme un pedazo de pan y... un traguillo de vino. ¡Eh! ¿Qué le parece?

—¡Bravo, Maese Fideos! —gritó aquella vocecita que no se sabía de dónde salía.

Al oírse llamar Maese Fideos, el compadre Gepeto se puso rojo como una guindilla, y volviéndose hacia el carpintero, le dijo encolerizado:

—¿Por qué me insulta usted?

—¿Quién le insulta?

—¡Me ha llamado usted Fideos!

—¡Yo no he sido!

—¡Si le parece, pondremos que he sido yo! ¡Digo y repito que ha sido usted!

—¡No!

—¡Sí!

Y furiosos los dos, pasaron de las palabras a los hechos, y agarrándose con furia se arañaron, se mordieron, se tiraron del pelo... Se dieron una paliza.

Cuando terminó la batalla, Maese Antonio se encontró con la peluca amarilla de Gepeto en las manos, y Gepeto tenía en la boca la peluca gris del carpintero.

—¡Dame mi peluca! —gritó Maese Antonio.

—¡Dame tú la mía, y hagamos las paces!

Los dos viejecillos se entregaron las pelucas y se dieron las manos, prometiendo solemnemente ser buenos amigos toda la vida.

—Con que vamos a ver qué favor es el que tiene que pedirme, compadre Gepeto —dijo el maestro carpintero como muestra de que la paz estaba consolidada.

—Quisiera un poco de madera para hacer ese muñeco de que le he hablado. ¿Puede usted dármela?

Maese Antonio, contentísimo, se apresuró a coger aquel leño que le había hecho pasar tan mal rato. Pero cuando iba a entregárselo a su amigo dio el leño una fuerte sacudida y se le escapó de las manos, yendo a dar un palo tremendo en las esmirriadas pantorrillas del compadre Gepeto.

—¡Ay! ¿Tan amablemente regala usted las cosas, Maese Antonio? ¡Por poco me deja usted cojo!

—¡Pero si no he sido yo!

—¡Y dale! ¡Habré sido yo entonces!

—¡No, si la culpa la tiene este demonio de leño!

—Ya lo sé que ha sido el leño; pero, ¿quién me lo ha tirado a las piernas, sino usted?

—Le digo a usted que yo no lo he tirado.

—¡Embustero!

—¡Gepeto, no me insulte usted, o le llamo Fideos!

—¡Burro!

—¡Fideos!

—¡Hipopótamo!

—¡Fideos!

—¡Orangután!

—¡Fideos!

Al oírse llamar fideos por tercera vez perdió Gepe-to los estribos, se arrojó sobre el carpintero, y de nuevo se obsequiaron con una colección de coscorrones, pellizcos y arañazos.

Al terminar la batalla Maese Antonio se encontró con dos arañazos más en la nariz, y Gepeto con dos botones menos en el chaleco. Arregladas así sus cuentas, se estrecharon las manos y otra vez se ofrecieron indestructible amistad para toda la vida.

Hecho lo cual, Gepeto tomó bajo el brazo el famoso leño, y dando las gracias a Maese Antonio, se marchó cojeando a su casa.



